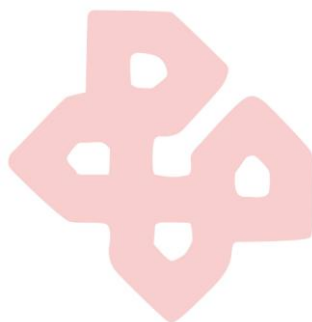




RECENSIONES

Reviews



Enrique J. Díez Gutiérrez
Juan R. Rodríguez Fernández

La «polis» secuestrada

Propuestas para una ciudad educadora

La reflexión sobre qué modelo de ciudad queremos no puede abordarse sin plantear cuestiones esenciales como: ¿qué tipo de ciudadanía buscamos?, ¿qué estilo de vida queremos defender?, ¿sobre qué relaciones sociales queremos construir nuestras ciudades? Es necesario partir de la idea de que el capitalismo, en su forma actual neoliberal, trata de producir y gestionar un determinado tipo de paisaje urbano y geográfico favorable para sus propios intereses, para sus propios objetivos y para la garantía de su reproducción y legitimación social como discurso hegemónico.

TREA

EDRAXOS

Díez Gutiérrez, E.J. y Rodríguez Fernández, J.R. (2018). *La “polis” secuestrada. Propuestas para una ciudad educadora*. Gijón: Trea. ISBN: 978-84-17140-75-5

Este libro es una invitación formal a reflexionar sobre qué modelo de ciudad queremos, qué ciudadanía estamos conformando, qué estilo de vida estamos fomentando y qué relaciones estamos construyendo. Esta lectura supone un proceso de toma de conciencia educativa sobre la ciudadanía que estamos creando a nivel local y a la vez global en términos de justicia, democracia, distribución de riqueza y trabajo así como respeto del medio ambiente. Por ello, es recomendable para todo tipo de personas comprometidas con la educación como herramienta para la mejora social, tanto profesionales de la investigación educativa, sociológica, antropológica, así como a aquellas dedicadas a la escuela, institutos, barrios o comunidad. La obra se divide en dos partes, una más centrada en identificar los elementos generadores de desigualdad y cómo se relacionan, y la otra parte habla de las posibilidades transformadoras. En cuanto al primer apartado, se analiza cómo se está desarrollando el discurso neoliberal y sus consecuencias en la ciudad, sus

consecuencias sociales, medioambientales, educativas y arquitectónicas, haciendo hincapié en cómo el sistema educativo está siendo resignificado, no cómo bien común sino como un valor de mercado. La segunda parte, está centrada en reflexionar sobre propuestas que hacen que otra polis sea posible basada en la convivencia y la solidaridad. Por lo que se aproximan a cuestiones centrales como la redistribución de la riqueza, la participación política democrática, la educación como eje central para el cambio, la arquitectura y la reordenación del espacio público al servicio de la ciudadanía.

Enrique Díez Gutiérrez y Juan Rodríguez Fernández vienen trabajando desde las teorías críticas durante muchos años, para superar las diferentes exclusiones sociales vinculadas a la educación. Ofrecen análisis que dan luz ante los procesos de dominación estructural y cultural neoliberal, y al mismo tiempo, promueven alternativas. En sus recorridos profesionales se puede observar cómo han tenido una experiencia variada vinculada al ámbito de la educación, trabajando durante años a pie de calle en centros educativos y proyectos en distintos contextos, luego en la administración y finalmente en la Universidad de León. Tienen un largo historial de publicaciones vinculadas a la superación de la exclusión, la justicia social, la pobreza, la educación intercultural, sobre cómo se construye el neoliberalismo en la educación, etc. Este libro es fruto de la puesta en común de dos carreras de referencia para ofrecernos una mirada más profunda y holística de cómo nos estamos conformando en un sistema económico neoliberal y cómo afecta a la educación, para abrir procesos de autoanálisis e invitar al cambio desde el lenguaje de la posibilidad. De la mano, aluden a obras y referentes internacionales de la teoría crítica en investigación educativa como Michael Apple, Gustavo Fischman, Henry Giroux entre otros, así como estatales: Rosa Valls, Lidia Puigvert, Fernández Enguita, Jurjo Torres, Ramón Flecha, Xavier Besalú, etc. Además de muchas más aportaciones de grandes pensadores y pensadoras de diversos ámbitos en los que se ahonda esta creación.

En el libro podemos ver cómo los autores describen los procesos de construcción del discurso neoliberal en un sistema complejo capitalista, unas veces son más visibles y otras pasan más desapercibidos. La primera parte hace un análisis crítico completo sobre las principales cuestiones que elaboran dicho discurso. De este modo, supone un acto de conciencia de cómo en los últimos años se está fomentando la iniciativa privada frente a la pública. La cual, promueve el libre mercado controlado por gigantes de la economía financiera en detrimento de la protección de los derechos sociales y el procomún. Este discurso intercambia el término de bien común como el de inversión individual. Dicho de otra manera, convierte a las personas ciudadanas en consumidoras y clientes que eligen libremente sobre opciones premeditadas para el control dentro de un sistema de dominación, así renunciando a lo comunitario y apoyando la ley del mercado. Como consecuencia, se crea una cultura del esfuerzo apoyada por clases medias del norte que se esperan en el progreso futuro, a la vez que se genera mayor tolerancia a la injusticia. En este panorama, estamos viendo cómo cada vez más la distribución de las riquezas se concentran en manos de pocas personas con lo que acentúa la desigualdad de clase. La doctrina neoliberal tiene influencia a nivel mundial en todos los territorios

produciendo numerosos cambios acelerados. En este sentido, indican que se crea un pensamiento único consensuado que favorece a grandes corporaciones y élites políticas, y arroya la diversidad cultural del planeta. Así pues, los problemas sociales se vuelven responsabilidad individual, perdiendo la visión estructural y la conexión de los mecanismos de producción de pobreza, además, culpabilizando a quien está en esa situación. Destacan, que lo más llamativo es cómo estamos normalizando estas cuestiones que llenan de significado el sentido común de las vivencias de las personas dominadas y determinan en imaginario social una idea de desesperanza y por tanto de desmovilización.

En este paraguas, afirman, las personas en vez de perseguir la mejora social y con ella la propia, simplemente nos centramos en mejorar nuestra situación individual dentro de la sociedad. Es decir, se resignifican las ideas de democracia, participación y libertad como algo puramente económico, en vez de político. Esa redistribución desigual de la riqueza se sustenta, según los autores, con premisas que conforman el nuevo sujeto neoliberal e inundan el sentido común como:

el capitalismo no puede mejorar y es el estado natural de la humanidad; el libre mercado es una condición previa para la democracia; la doctrina neoliberal es inevitable e irresistible; la ganancia constituye la medida de la eficiencia económica; la iniciativa privada y la competencia son las bases de una sociedad libre; las corporaciones empresariales privadas son eficientes y dinámicas, mientras que las organizaciones públicas son completamente incompetentes por su burocracia; es necesario reducir las presiones políticas y sociales (Díez y Rodríguez, 2018, 25).

Estas son reiteradamente afirmadas por medios de comunicación masivos y todo tipo de partidos políticos, transformándolas en el pensamiento dominante. Conviene subrayar que esta situación conlleva que los valores como la comunidad, la cooperación, las necesidades y la igualdad de todas las personas se cambien por el de individualismo, competición, el máximo rendimiento y la diferenciación.

Ante el actual problema de empleo y su vinculación a las competencias personales, la gente interioriza de forma individual que no tiene trabajo por su incapacidad, por lo que debe reinventarse constantemente bajo su propia responsabilidad. Todo ello catapultaba la creencia que para ser portadora de capital individual y talento, siempre debe ser flexible a los cambios, y tiene que aprender a lo largo de la vida para su empleabilidad. Por lo que se asume que el riesgo es necesario, al igual que vivir en la incertidumbre y en la precariedad. Por tanto, se entra en un círculo vicioso competitivo en el que todo el mundo se protege a sí mismo y a la vez se convierte en enemigo o enemiga de las otras personas, no teniendo cabida aquellas que pierden. Los discursos se llenan de vocablos adhoc como modernidad, eficacia, buena gobernanza, buenas prácticas y adaptación a la globalización. Por otro lado, estos engranajes producen unas consecuencias sociales tales como la el desmantelamiento progresivo de la protección social, la desaparición del Estado de bienestar, la exclusión y fragmentación social, y la culpabilización de las víctimas. Y así, sucesivamente, otras consecuencias medioambientales, en tanto

que se genera una crisis ecológica de la ciudad, la destrucción de la capa de ozono y la soberanía alimentaria, y se acelera el cambio climático. Otros resultados derivados son los arquitectónicos, atendiendo a la desigualdad en la morfología de la ciudad en la que se reconfiguran las viviendas como mecanismos de especulación, y las cuales modelan la polis en función de las demandas turísticas restringiendo las propias necesidades de la gente que allí habita.

La educación, en medio de un capitalismo en el que persigue el aumento de beneficio, se ha visto afectada de múltiples formas. Según los autores, organismos internacionales como la Organización Mundial de la Salud (OMS) o la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) han contribuido a la liberalización y privatización de los servicios públicos en beneficio del mercado, lobbies y la competitividad. En los últimos años, ha aumentado la financiación pública hacia sectores privados de la educación como escuelas concertadas y cursos de formación complementarios, y a la vez, han aumentado los recortes al sector público. En la actualidad, la educación se concibe a grosso modo como un producto en la llamada sociedad del conocimiento. Ya no sirve, principalmente, para el desarrollo integral de las personas y para la formación de ciudadanos y ciudadanas, sino para responder por encima de todo a las necesidades del mercado. Por lo que ya la educación deja de ser un derecho bajo la responsabilidad del Estado, y responde más a los intereses del mercado del sector privado. Un síntoma de todo ello, son los conciertos de escuelas privadas con financiación pública como privatización blanda, en la que se benefician las grandes urbes y centros y quedan excluidas las periferias y las zonas rurales. Así se desmantela y se resignifica la educación pública reduciéndola a compensadora de zonas de mayor desigualdad.

En esta obra relatan cómo la aplicación del neoliberalismo en la educación también se hace a través de rankings, pruebas estandarizadas que solo miden las competencias más afines al mercado. A la vez se favorece que las familias tengan la libertad de elegir dónde va a estudiar su hijo o hija olvidando la igualdad de oportunidades. Este sistema se convierte en segregador del alumnado para satisfacer las estadísticas, ya que se produce un filtraje según sus características socioeconómicas, capacidades y antecedentes, aplicando una lógica individualista de la ley del más fuerte en contraposición a otra igualitaria, plural y basada en la convivencia. Con otras palabras, la igualdad está siendo redefinida, ahora se entiende como garantía de la elección individual de acuerdo al libre mercado, estableciendo un mercado educativo basado en la calidad y en cheques. Así se tiene como efecto la exclusión de grupos minoritarios como estudiantes con necesidades educativas especiales o dificultades de aprendizaje que resultan costosos para el sector privado en contraposición de perfiles de alta motivación que aumenten su posición en los rankings.

Afirman, que la educación está en venta porque también supone la entrada de la empresa privada con la disminución del presupuesto destinado a las instituciones académicas educativas. De la mano se produce la trampa de la autonomía de los centros, para promover la contextualización de los procesos educativos, pero a la

vez, eso puede significar derivar la responsabilidad económica y educativa al centro y a la comunidad, y que ante la escasez, este tenga que buscar fuentes de financiación privadas. Las administraciones se convierten en gestoras educativas en las que deben garantizar la calidad. Esos procesos llamados de descentralización, suceden a la vez que los de centralización en programas y pruebas nacionales de rendimiento, las cuales acaban definiendo el currículum nacional. Son muchos lugares ya alrededor del mundo que hay cuestiones fundamentales como el material escolar, el transporte, etc., que son patrocinadas por grandes empresas a favor de su publicidad, incluso diseñan currículums. Confirman pues, que el mundo universitario está pasando al servicio de la empresa privada ante el recorte de presupuestos y su asignación según su productividad y no acorde al número de estudiantado. Por lo cual, se constata la universidad desde un modelo pragmático e instrumental en el que la calidad es el centro de todo, ligada a la excelencia, distinción, selección, competitividad y rentabilidad. De este modo, se reduce el discurso pedagógico en la toma de decisiones y en la selección de proyectos de investigación se priorizan aquellos con más valor de mercado.

Según el punto de vista de los autores, hace décadas que se están abriendo procesos de adaptación de la educación al mercado, en los que el principal objetivo es la producción de personal trabajador adaptado a las exigencias del mismo. Se fabrica, por tanto, una visión reduccionista de la función del sistema educativo en la sociedad, en la que las personas trabajadoras deben tener currículums flexibles y polivalentes para el empleo, en vez para la utilidad en la vida real. Por consiguiente, aumenta el riesgo de que las competencias se definan según los intereses de las empresas, es decir, en aquello vendible, omitiendo otras más significativas posibles. Ponen de ejemplo la ley LOMCE, que está generando un discurso del emprendimiento como meta de la educación y reorientando todo el currículum hacia ello. En consecuencia, la finalidad del currículum se ha desplazado de la búsqueda de emancipación y el pleno desarrollo de la vida del estudiantado por una que persigue a toda costa incrementar la competitividad internacional y el rédito económico. Eso genera un pánico compartido a no llegar a los estándares, fomenta el individualismo y el espíritu competitivo, en detrimento de crear interés hacia las políticas sociales y a la democratización de la educación desde visiones también interculturales. Por ende, la función del sistema educativo y las instituciones se convierte en mera proveedora de stock personal y capital humano. En este punto, se hace evidente que existe un currículum secuestrado ya que se hace una selección estática de las realidades y saberes, en la que predomina una visión etnocéntrica, masculina, centrada en la cultura dominante. La selección cultural que aplica la Administración, asimismo, favorece las producciones culturales, científicas y tecnológicas de una élite, siendo centrales en el currículum, y a la vez invisibilizando y silenciando numerosas culturas. Explican que bajo el concepto de neutralidad, el estudiantado no desarrolla la habilidad de identificar cómo se producen las desigualdades. Incluso se privatiza el éxito o fracaso al estudiantado, dedicando los esfuerzos y los recursos a aquellas personas que realmente quieren estudiar, derivando el desarrollo personal y profesional a una cuestión individual de esfuerzo y talento.

En definitiva, hay todo un sistema jerárquico, desde las administraciones, centros, hasta el estudiantado, en el que las víctimas que fracasan se convierten en culpables, como incapaces, quedando el sistema sin asumir su responsabilidad. Estos hechos reproducen un modelo de déficit, como el o la deficiente debe adaptarse al sistema, en vez de repensar este. Así, se está reduciendo la agrupación del alumnado por capacidades diversas, en el que vuelven a salir discursos homogeneizadores y segregadores, por ejemplo, mediante la repetición y creación de itinerarios que sirven de selección del estudiantado para clases más avanzadas. Todo ello, se sustenta con discursos en los que se afirma que la migración, la pobreza y las personas no adaptadas al sistema disminuyen el nivel de estudios, excluyendo a las que se consideran más torpes. El hecho de que haya pruebas estandarizadas internacionales como el programa PISA, explican los autores, que hace que la educación se entienda como una carrera de pruebas a superar en las que el rendimiento, los rankings y la eficacia se implantan como concepción principal en vez de un otra que conduzca hacia el desarrollo personal, social y como bien común. Ellos abogan por una enseñanza comprensiva, en la que todos los Estados asuman un compromiso de una formación común, progresiva y polivalente a todas las personas para desarrollar la igualdad de oportunidades y la justicia social con independencia de origen, etnia, credo, género, disponibilidad económica y desarrollo.

Al mismo tiempo, más allá de la crítica, en el libro dedican la segunda mitad a relatar numerosas alternativas para una polis basada en la convivencia y la solidaridad a pesar de que la ideología neoliberal las disuada bajo el adjetivo de “complicadas”. Explican que en el fondo hay la misma lucha histórica de clases bajo intereses de las corporaciones transnacionales pero con un lenguaje más sutil y persuasivo. Por esta razón, se invisibilizan las otras maneras de relacionarnos, de habitar, educar y construir ciudadanía desde el reparto justo de poderes y la economía justa. Abogan por un Estado social ampliado en tanto que se garanticen los derechos humanos, que haya un aumento del gasto público en protección social a nivel global, que este sea cubierto por lo generado a nivel fiscal, y que se paralicen los tratados que promuevan la privatización de los servicios públicos como los sociales, sanitarios y educativos. Declaran que la riqueza del planeta ha de ser para todas las personas que lo habitan y no solo para unas pocas, que hacen las leyes a sus intereses y crean las reglas de distribución. Es necesario un reparto justo para la subsistencia digna de todas las personas. Por tanto, hacen énfasis en la importancia de la redistribución de la riqueza, proponiendo una política fiscal de equidad, el control del mercado financiero, por ejemplo con la tasa Tobin y acabar con los paraísos fiscales. En esta línea, como alternativas proponen: aprender de las experiencias de expropiación de empresas y fincas inactivas para generar trabajo para todo el mundo, también de los movimientos de ocupación y resistencia, la creación de modelos de producción más cooperativos en los se devuelva a la gente lo que es de todo el mundo, y que las personas trabajadoras tengan más capacidad de decisión sobre su trabajo. Añaden que para superar la precariedad, la pobreza, los guetos, es necesaria una renta básica en la que exista el trabajo garantizado para que todas las personas puedan vivir de una manera digna, teniendo las necesidades básicas cubiertas y desarrollando funciones en beneficio de la comunidad.

Otra línea para la transformación es el desarrollo de mayor participación política democrática, en tanto que es urgente abrir procesos basados en un Estado social participativo en el que la gente pueda ser autora de su propio devenir. También habla de la legitimidad de la desobediencia civil como medida de no beneficio individual sino colectivo y en contra de la doctrina neoliberal que genera desigualdad. Al mismo tiempo, es imprescindible que la ciudadanía se conciba como universal, superando el privilegio de que en la práctica haya personas de primera o segunda explotadas según su estatus legal. La mirada antipatriarcal se transforma en indispensable, ya que el sistema de dominación privilegia a los hombres en detrimento de las mujeres sobrecargándolas de trabajo y devaluando sus aportaciones a la sociedad, así como establece desigualdad a nivel de sexismo, racismo y homofobia. Los autores proponen que toda la sociedad debe ser partícipe y consciente de la urgencia de construir unas relaciones igualitarias entre hombres y mujeres, entre los distintos géneros e identidades. Otra mirada que consideran fundamental es la convergencia glocal de los movimientos. Es decir, que se construyan políticas y marcos de solidaridad entre diferentes lugares del planeta atendiendo a la vez a la utilidad y contextualización local. Asimismo, los autores reclaman la reordenación del espacio público y de la arquitectura en servicio de la ciudadanía. Todo ello, para generar relaciones de decrecimiento con el planeta y una vida sobria de acuerdo a la situación de cada territorio. Los espacios que han sido privatizados y que puedan cubrir necesidades básicas para las personas deben ser liberados y puestos al servicio de la ciudadanía, como la gestión del agua, la educación, etc. Debemos reapropiarnos de la soberanía alimentaria, promover una agricultura sostenible y hacer una reforma agraria integral. Afirman, que entre la población tenemos que generar un consumo responsable y redes de economía social. También aplicando ecoimpuestos para favorecer las iniciativas más respetuosas y promover la transformación real hacia una sociedad más justa en un planeta cuidado.

Las alternativas que plantean en la educación, parten de que esta debe ser concebida como un servicio de la ciudadanía y como un derecho fundamental en los marcos de una escuela pública. Debemos de educar en y para otro tipo de ciudad, generar pedagogías de la resistencia y praxis para el desarrollo personal y social ciudadano, en las que pongan el cuidado en el centro. Tenemos que retomar la importancia de la equidad, comprensividad y calidad, creando otra educación que haga que otro currículum sea posible. Nos invitan a aprender de experiencias ya existentes como las escuelas democráticas, las escuelas aceleradoras, y las comunidades de aprendizaje. Las primeras, se centran en que el estudiantado en situación de desventaja deben aprender a un ritmo más rápido a través del enriquecimiento y no de la repetición. Las segundas se construyen con un propósito común creado colaborativamente, poder y responsabilidad en la toma de decisiones, y en la construcción sobre las virtudes de la comunidad educativa. Las últimas, son creadas para superar la desigualdad desde el aprendizaje dialógico y la participación activa de la comunidad educativa. Todas ellas están sumergidas bajo un paraguas de educación inclusiva, en el que todos los niños y niñas son parte activa y comprometida de la vida educativa y social del centro y su comunidad. Para ello, nos

proponen que hace falta otro currículum, uno que equilibre las relaciones de poder, que sea intercultural y coeducativo.

A modo de conclusión cabe destacar, que la lectura de este libro permite cartografiar y marcar las relaciones entre los distintos modos de vivir que estamos asumiendo tras los procesos de globalización neoliberal en una economía capitalista. Esta obra identifica qué cambios estamos teniendo a nivel educativo, económico, político y cultural y cómo las categorías, que fundamentaban praxis y creadas para promover el bienestar, están siendo resignificadas por discursos y valores que aumentan las desigualdades. Los autores transmiten que no solamente es importante saber identificar y deconstruir ese discurso hegemónico, sino que hemos de crear, visibilizar, apoyar y promover modos de ciudadanía alternativos en los que todo el mundo pueda desarrollar una vida digna redefiniendo el sentido común. Nos invitan, como obligación moral, a empezar a construir otra educación, otra universidad, otras ciudadanías más justas e igualitarias porque otro mundo, más respetuoso, solidario y democrático, es posible.

Irene Cremades Soler
Universidad de Granada